



SEMANARIO ILUSTRADO

DIRECTOR
Eduardo Sánchez de Castilla

ADMINISTRACIÓN
CLAUDIO COELLO, 21

DIRECTOR ARTÍSTICO
FÉLIX DE LA TORRE

ARTE MODERNO



NIÑO DORMIDO, POR ANTONIA BAÑUELOS.



Comentarios

No diremos que *á pasos agigantados*, pero ello es que la primavera se adelanta con rapidez; los gatos recobran la calma perdida en los meses del frío; los almendros florecen, y al par florecen las esperanzas de los cesantes y de los postergados de todas las especies.

Digo esto porque hallándome hace unos días en el Ministerio de Fomento, caserón destartado y sucio, que *amenaza* perpetuarse ó seguir arruinándose poco á poco observaba desde un balcón de la galería un raquítico y desmedrado arbolillo que hay en el patio central, y que á la sazón está lleno de flores preciosas; y después, tornando la vista al pasillo anchuroso, en cuyas paredes se mueren de anemia.... y de bienaventuranza un poco sosa los frailes que pintó Vicente Carducci, contemplaba unos cuantos personajes de los que nunca faltan, sino que son naturales *accesorios* de sitios como aquél: cesantes de caras amarillentas y cárdenos labios; de mirada fija y soñadora; de gabán más rapado que las barbas; de botas torcidas, y de calzones cuyas perneras inverosímiles parecen zorros más que otra cosa.

Ningún espectáculo sería más triste que el de los cesantes en aquellas galerías inhospitalarias si no existiese el arbolito de que habló en el patio aquel, que si tal vez un día tuvo cierto aspecto de severidad arquitectónica, en que á la belleza sustitúan la solidez y la amplitud; hoy día es el más despreciable y astroso mamarracho, según el número de zurcidos, apostillas y colgadizos que se han superpuesto á las líneas de construcción, utilizando los más plebeyos y ruines materiales: aquí el pegote de ladrillos recochos, mal casados á fuerza de hormigón para tapar un hueco; allí el pie derecho de pino basto; acullá la cubierta de zinc, sobre la cual saltan los gorriones hambrientos.... En medio de aquella mascarada arquitectónica, discurrida, al parecer, por una turba de payasos ó *excéntricos* del arte, produce inmensa compasión ver cómo vive con trabajosa y triste existencia aquel arbolito, á quien probablemente nadie cuidará y que representa lo único noble y serio de cuanto hay en el ámbito del patio y quizás en todo el edificio. Por lo mismo que todo *lo demás* es cosa artificiosa y mal urdida, aquel pedacito de la Naturaleza se halla fuera de lugar y vive pobrísimamente, solo, con la impotente soledad de un árbol, que no puede evitarla ni acabar con ella como los hombres. ¡Cuánto más triste resulta esto que el infatigable pasear de los cesantes por entre los pasillos sórdidos ó el cabildear de aquéllos, sentados en los bancos por bajo de los cuadros de Carducci! Diríase que aquellos infelices desgarrapizados eran frailes de San Bruno, exangües y moribundos, que se habían caído de los cuadros, y á quienes un colorista había aliñado con vestidos modernos para conservar la tradición del pretendiente de antesala ó de pasillo, tan explotada por los novelistas picarescos y por los pintores de género.

De todas suertes, los cesantes del pasillo y el almendro del patio hallábanse el otro día alegres, y cada cual mostraba su con-

Comentarios

tento de un modo: *echando* flores de pétalos blancos y rosados el almendro, y frotándose las manos los cesantes, ilusionados con la esperanza de una crisis próxima.

Y de fijo la razón positiva de aquella alegría vegetal y humana era una sola, eterna, sencillísima: la primavera que cría flores en los árboles y esperanzas en los corazones tristes.

*
*
*

También las setas de todos colores han comenzado á aparecer en diferentes puntos de Aragón, Cataluña y Valencia. Hasta el presente no han causado indigestión alguna; pero bueno es prevenirse por lo que pueda ocurrir.

Y de este asunto, nada halagüeño, ni una palabra más.

*
*
*

Los conciertos del Príncipe Alfonso, diversión favorita de los madrileños en los domingos de primavera, están concurridísimos. Hasta hace muy pocos años no se había *dejado sentir* la necesidad de que viniese un extranjero á dirigir nuestra excelente Sociedad. Hoy la afición á las etiquetas raras ha reaparecido, y todo se nos vuelve aplaudir á unos señores infinitamente estrambóticos que nos envían de Alemania, y que, á decir verdad, no hacen con la orquesta mayores maravillas que las realizadas por los maestros Bretón y Chapí en otros tiempos. Á juzgar por los humos que traen, y los retratos en que aparecen como caricaturas ó remedos de Wagner, son los tales directores ó *kappelmeisters*, gente de suyo sublime y supraterras ó poco menos: no hay más inconveniente sino el de que, si á mano viene, dirigen peor que cualquier maestro de los que tenemos acá, sin cara de sibila ó de bruja de *Macbeth*, y con el pelo cortado como el de un simple mortal.

Claro que hay un Levi, director incomparable, y el mejor (*el único*, dicen sus apasionados) y más fiel intérprete de las obras de Wagner; pero de esos *Levis* entran muy pocos en libra; y dado que alguno de los otros comprenda ó interprete á determinados autores con mayor escrupulosidad de la acostumbrada aquí, no cabe dudar de que nuestros directores son más *comprensivos*, *hacen mejor á pluma y á pelo*, y con esto complacen más á un público de muy buena educación musical, pero nada exclusivista, como lo es el de Madrid. Sería necedad negar que para la parte más sana de este público no tienen secretos Beethoven ni Mozart: el primero, sobre todo. Difícil, costosísimo ha sido *enredarse* con Wagner y llegar á *paladearlo*; pero ya se va consiguiendo, y aun no falta quien percibe en las obras más intrincadas del maestro de Bayreuth matices y pormenores de valor que pudieran creerse únicamente accesibles para los técnicos. Pues para lograr esto maldita la falta que han hecho esos germanos, cuyas delicadezas, al llegar aquí, se conoce que *pierden el aroma*, como la cerveza de Munich, que viene en toneles y sabe peor que la elaborada en Lavapiés.

*
*
*

Los pintores y escultores se encuentran perplejos, como quien no sabe si echar los bofes para acabar la obra emprendida ó tumbarse á la bartola, dejando que pase el verano, de imposible aprovechamiento en Madrid para los artistas.

La solemne lentitud con que marchan todas las cosas oficiales, y principalmente las que se refieren al arte, será causa, según todos los visos, de que se malogre una porción de obras comenzadas, ya por abandono, ya por apresuramiento.

De tal manera da gusto vivir en un Estado paternal y aun patriarcal, en el que todo se vuelve aplazamientos ó prisas inconsideradas. Para los rutinarios cerebros de la Administración, el arte es cosa de maquinaria, á la cual es posible dar vapor ó refrenar, según convenga.

Y tal vez sea cierto, en muchos casos.

*
*
*

No pondré la firma sin felicitar con efusión verdadera á las Pepas y á los Pepes que *ayer celebraron su fiesta onomástica*....

¿Lo ven ustedes? Ya *me siento* revistero de salones. Conque, punto.

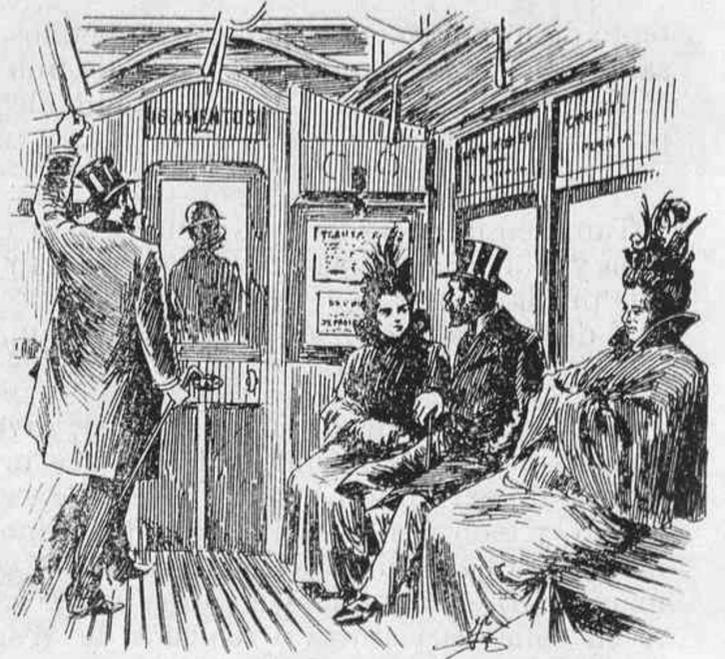
F. NAVARRO Y LEDESMA.



LOS TRANVÍAS EN MADRID, POR GASCÓN



À PRIMERA HORA.



POR LA TARDE.



EL ÚLTIMO COCHE.



ENCUARTERO.

MAYORAL.

COBRADOR.

INSPECTOR.

VIGILANTE.

NOTAS SUELTAS

(TOMADAS AL VUELO)

En la suntuosa y artística morada que D. Fernando Baüer tiene en la calle de la Lealtad, reunióse el sábado pasado en familiar tertulia una lucida representación de la aristocracia madrileña, consiguiendo hacer breves y deliciosas las horas que pasaron entre alegres diversiones literarias.

Los que tuvieron la suerte de asistir á ella no olvidarán fácilmente esta reunión, que, según tenemos entendido, se repetirá con mayor solemnidad, y de la que la prudente reserva en que nos hemos encerrado no nos permite dar más pormenores.

*
**

El insigne autor de *Pepita Jiménez*, estimulado por el ruego de una distinguida dama, dictó no hace mucho tiempo un drama jocoso en un acto, en el breve tiempo que empleó en afeitarse. Este esfuerzo, apenas creíble, de sobrehumano ingenio, acreciéntase más si el escritor tiene que sujetarse dentro de condiciones impuestas de antemano, y no fueron pocas las que la distinguida dama (señorita, según nuestras noticias), tirana, como es siempre la belleza, impuso á D. Juan Valera: había que hacer el drama en seguida; tenía que ser en verso, y tenían que morir todos los personajes en los veinte minutos que, como maximum, había de durar la función; pero todo lo vence el talento.

*
**

Por extraño modo ha llegado á mis manos el programa que reproduzco y que lleva la firma de Alcalá Galiano, y á mis oídos algunas noticias del drama titulado *Estragos de amor y celos*, y que con gran éxito, y proporcionando á actores y espectadores grande entretenimiento y solaz, se ha estrenado há pocas noches en casa del hijo de un opulento banquero. Se asegura que este drama ha sido escrito en pocos minutos por uno de nuestros más respetables y admirados literatos. He aquí algo de su argumento: en el castillo de D. Ramón y D.^a Brianda se refugian D.^a Urraca y el moro Tarfe huyendo de la persecución del padre de aquélla, que se opone al matrimonio sin duda por la diferencia de religión. Don Tristán, hermano de D.^a Urraca, hállase también en este mismo castillo con su adorada Zulema; D.^a Brianda, há largo tiempo



*

enamorada de Tristán, siente horribles celos y vehementes deseos de venganza, para cuya ejecución forma inmediatamente un horrible plan: ¡Daré á la mora un brebaje que la destroce la panza!—exclama, y echa gran cantidad de estriknina en el chocolate que van á servir á Zulema, con lo cual cree *cumplidos sus anhelos de hacer á Tristán tristón*. Sale á escena Zulema para morir allí en medio de las más terribles angustias, y don Tristán nos explica la horrible crisis con estas palabras: *Apenas bebe Zulema el chocolate, se quema como si fuese morcilla de esa que dan á los perros.....*; pero apenas puede terminar, pues la noticia de que su hermana D.^a Urraca está escondida con Tarfe le hace prorrumpir en justas exclamaciones de ira y salir en su busca para hacer un disparate, y efectivamente al llegar á escena cae muerta D.^a Urraca con el pecho atravesado por el puñal de don Tristán, que volviéndose airado quita también la vida en singular combate á Tarfe. Don Carlos, hermano de D.^a Brianda, enterado de las descomunales violencias de D. Tristán, desafía á éste, y en



MUERTE DE ZULEMA.

medio de titánica lucha caen ambos atravesados mutuamente por sus estoques. Al contemplar esta hecatombe D.^a Brianda, causa original de tanta desgracia, hácese las siguientes reflexiones: *No está bien, es indecente—que yo conserve el vivir—cuando logré hacer morir— á tan buena y noble gente.*—Bebe de un solo trago un gran frasco de estriknina, y exhala el último suspiro en medio de las francas y alegres carcajadas de los espectadores, á quienes pide un aplauso y perdón por las faltas cometidas.

Cuéntanme que todos los actores, sobre todo las distinguidas señoritas que tomaron parte en esta representación, derrocharon una cantidad imponderable de la gracia y donosura que les sobra.



MUERTE DE DON TRISTÁN Y DON RAMÓN.

El teatrillo, que rápidamente se ha improvisado para esta fiesta, resultaba precioso, y en él se lucía un telón de terciopelo oro viejo, con águilas negras, de gusto exquisito, y que, como la de-

coración árabe en que se desarrollan las escenas del drama, y que produjo grande entusiasmo entre los espectadores, se deben, según tengo entendido, al pincel del autor del programa.

*
**



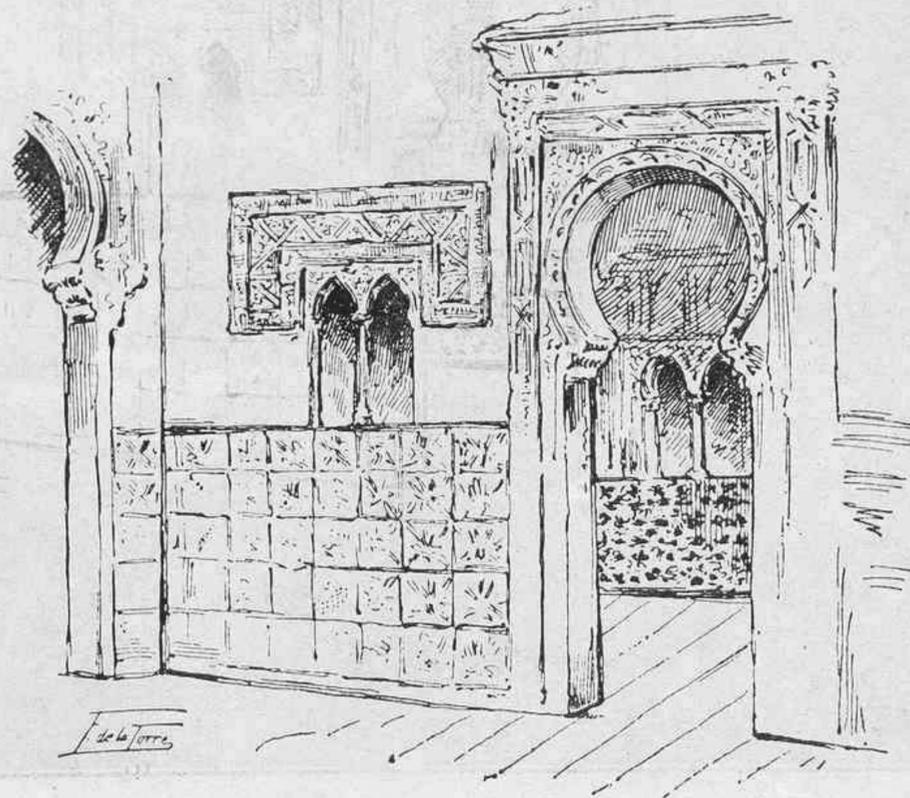
FINAL. MUERTE DE DOÑA BRIANDA

la gracia, cuando van en tan grandes proporciones unidos, como en la Srta. María Valenzuela; el monólogo *Oune joalie histoare*, por Charles Lerog, y un drama burlesco, en cuyo estreno tomaron parte todos los anteriormente citados.

Siento no poder dar más de-

De otras jóvenes, conocidísimas por su belleza y elegancia, podemos decir que entretienen sus ocios representando comedias con tal acierto y arte, que pocas veces hemos visto mejor ejecutadas *El no-*

talles de tantos y tan notables acontecimientos literarios; pero como he tenido que valerme de medios que, aunque están al alcance de todo *reporter* á la moderna, no son fáciles de efectuar, y he te-



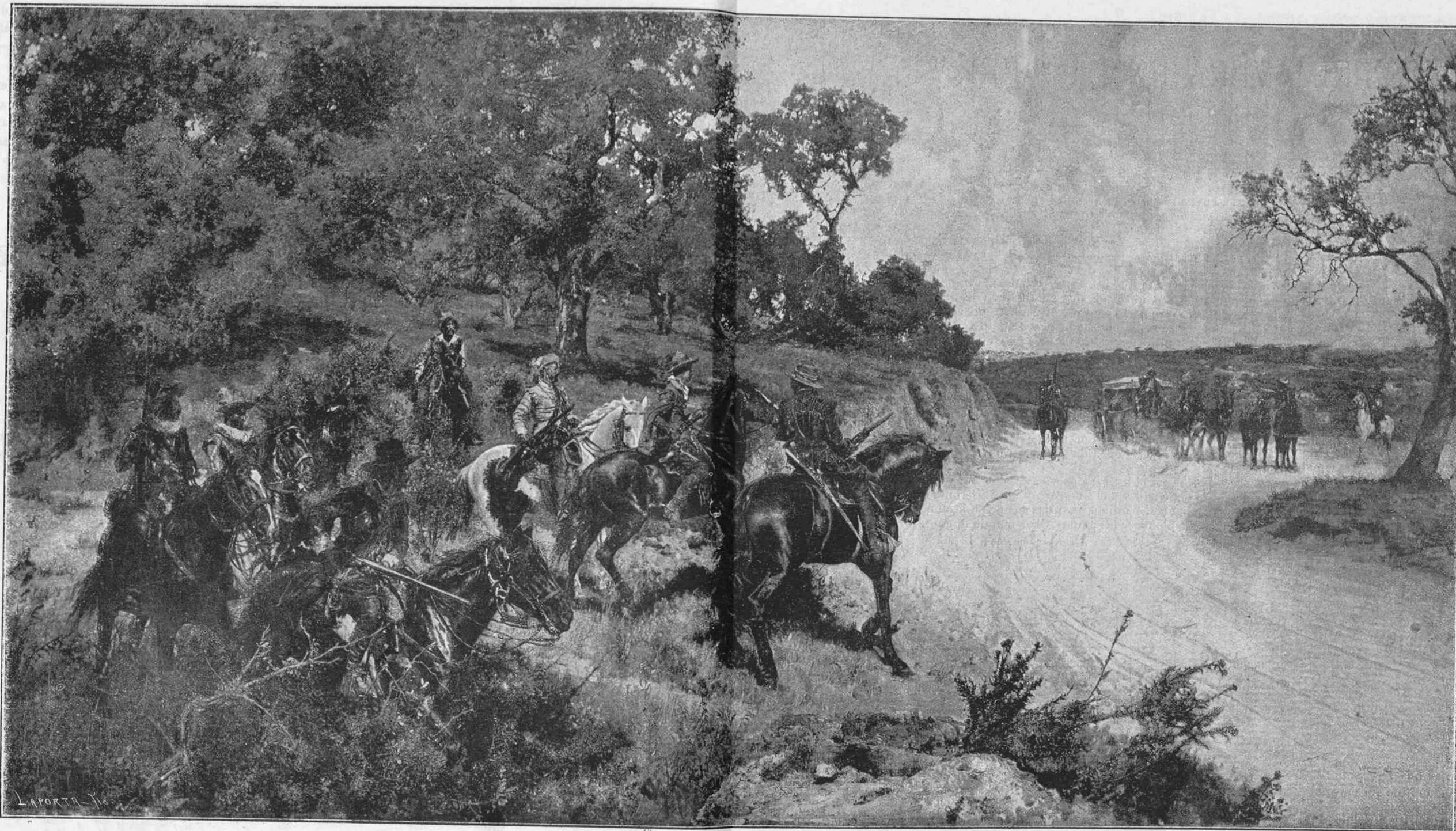
DETALLE DE LA DECORACIÓN.

vio de doña Inés, por la Sra. de Rascón, María é Isabel Valenzuela; Sres. Dávila y Duque de Montemar; el monólogo *Loreto*, que con el nombre de *María* nos dió á conocer todo lo que pueden el talento y

nido que multiplicarme para asistir á tan diversos sitios, sólo he podido reunir ideas sueltas y desordenadas.

FÉLIX DE LA TORRE.

UNA AVENTURA DE GIL BLAS



CUADRO DE MORENO CARBONERO, PRIMERA REPRODUCCIÓN FOTOGRÁFICA QUE SE PUBLICA EN ESPAÑA.

(GIL BLAS DE SANTILLANA, capítulo IX.)

.....
Entretanto el coche y los caballeros se nos venían encima. Desde luego conocieron la casta de pájaros que éramos; y adivinando nuestro intento por la ordenanza y postura en que nos veían, se pararon á tiro de fusil. Todos traían armas; y mientras se preparaban á recibirnos, salió del coche un hombre de buen parecer y ricamente vestido.

Montó en un caballo de mano, que uno de los montados tenía por la brida, y se puso al frente de los demás. Aunque eran sólo cuatro contra nueve, se arrojaron á nosotros con un brío que aumentó mi temor. No por eso dejé de prevenirme para disparar mi carabina, aunque temblaban todos los miembros de mi cuerpo como si estuviera azogado; mas por contar las cosas como pasaron, cuando llegó el caso de dispararla cerré los ojos y volví la cabeza á otra parte; de manera que aquel tiro nunca puede ser á cargo de mi conciencia.

LA PRIMAVERA EN LA SIERRA



UBÍA la pareja penosamente por aquel áspero camino del puerto, que la nieve cubría hasta borrarlo, envuelta en un torbellino continuo y tan espeso que apenas se distinguía el ceniciento horizonte por entre la lluvia de copos. Los dos caballos pegábanse por instinto para prestarse calor, y arremetían cabeza baja con la ventisca, hundiéndose hasta los corvejones en la blanca alfombra, mientras los jinetes, con el tricornio enfundado de hule sujeto por la carrillera, escondían la cara dentro del alto cuello del capote de montar, dejando sólo a la intemperie la eterna víctima de todas las turbonadas: la nariz.

La tempestad había sorprendido á los dos guardias civiles ya dentro de la áspera garganta. En aquel expuesto camino, orillado de precipicios, no se podía ir nunca sino al paso; un resbalón ó una huída significaban la muerte. La nieve, cubriéndolo todo, transformando los taludes en aparentes cuevas, ensanchando falsamente la carretera, aumentaba los peligros, y sólo el instinto de los animales, al que los jinetes se abandonaban, sorteaba el continuo riesgo. La pareja conocía bien el terreno; tres kilómetros más arriba existía una casa abandonada, que aun conservaba su porche. Si conseguían llegar al providencial refugio estaban salvados. Allí podían ampararse ellos y los caballos. É imitándolos, baja la cabeza, helados en la silla, aguantando el temporal, seguían la subida en silencio, sin poder hablar por la fuerza del huracán, mirando de cuando en cuando hacia arriba. Al cabo descubrieron no muy lejos un tejado

blanco. El último esfuerzo, y á cubierto.

Indudablemente la gloria debía de tener un portal por el estilo: dos vigas y un porche en un día de nieve. Cuando el muro de la cerrada casa les libró del cuchillo del huracán, y no sintieron sobre ellos los latigazos de la ventisca, parecíales mentira tanta felicidad, y ambos guardias se apresuraron á echar pie á tierra para desentumecerse, pataleando con fuerza y soplándose las manos. Se sabían de memoria el puerto. Aquella violencia de la tempestad no podía por menos de ceder pronto viniendo el aire de donde venía. Allí aguardarían á que amainara, y en cuanto pasase, á caballo.

— Camará — exclamó uno de los guardias, veterano, de bigotes grises, capaz de fumar hasta en la agonía, buscando la petaca en las profundidades del uniforme. — ¡Vaya un día de primavera! ¡Comienza bien la señora!

— Para nosotros sí, que para el que esté al lado de una buena lumbre no empezará tan mal.

La idea del fuego había brotado instintivamente en aquellos hombres helados de frío. Pronunció la palabra con amor, como si se calentara. En tanto su compañero sacó la petaca, re-funfuñando porque no la encontraba pronto, y se hizo un cigarro con la misma parsimonia que si se hallara en un dormitorio del cuartel. Quedaba un problema, al parecer, insoluble: encender el pitillo. El guardia buscó los pocos rincones del porche, trató de prender la cerilla dentro del tricornio, apeló á todas las astucias aprendidas en los campamentos colocándose entre los dos caballos: nada.

— ¡Por vida del día! — gritó soltando un taco que fundió la nieve en el sitio en que fué á caer.

De repente llegó á los oídos de ambos guardias el ladrar de un perro, ladrar frenético, como si pidiera socorro, y un alano cubierto de nieve se precipitó en el porche, jadeante y mirando á los dos hombres



con chispeantes ojos. Luego se salió el animal del techado y echó á correr, volviendo la cabeza para ver si le seguían.

Desapareció la nieve, la tempestad, el abrigo, el cigarro y quedó sólo el heroico espíritu de cuerpo que hace de la Guardia civil una Providencia.

—¡Alguien hay enterrado en la nieve!—dijo el veterano del pitillo; y sin ponerse de acuerdo, los dos, por espontáneo y nobilísimo impulso, cogieron del diestro los caballos y se echaron fuera del porche detrás del perro, que agitó alegremente la cola al verse comprendido.

La ventisca continuaba con furia. A los dos guardias, reaccionados al amparo de la casa, les hizo mayor impresión el recibir otra vez el azote de la tempestad, y eso que para defenderse mejor iban á pie. El can marchaba ladrando delante de ellos, volviéndose de trecho en trecho por si los hombres no le veían. Al cabo se detuvo y humilló la cabeza levantándola luego y poniéndose á aullar. La pareja apretó el paso, y pronto encontró la causa de los caninos lamentos. Tendida en el camino, inmóvil, lívida, cerrados los ojos, sin vida al parecer, empezándola á cubrir la nieve, hallábase una pastorcilla, una chicuela como de unos



diez años, con su cabeza liada en el pañuelo de hierbas, su capotillo de paño, sus zuecos y su cayada al lado.

—Está muerta de frío— exclamó uno de los guardias.

La movieron: nada. El perro la lamía las manos gimiendo. Conociendo de lo que se tra-

taba, hasta le regaló un lametón á uno de los guardias. Pero allí no se podía hacer cosa de provecho si la rapaza no estaba helada.

—Apencaremos con la [ventisca—dijo el guardia del pitillo con sublime abnegación,—y seguiremos hasta la posada de Roque. Ya no nos falta mucho.

Subióse el que hablaba á caballo, hizo que el compañero le diera la niña, se la colocó á través sobre la perilla de la silla, abrigando á la pobre criatura amorosamente con el capote, y llevando el otro guardia desmontado las riendas de los dos corceles, echó á andar el caritativo convoy con el perro satisfecho á vanguardia. La tempestad amainó un poco; diríase que la Naturaleza, siempre generosa, se compadecía del tierno grupo.

Un cuarto de hora, quince minutos feroces tardó la pareja en llegar á la posada. Abierta la puerta de la cocina, salió á recibir á los guardias al umbral un inmenso resplandor de hoguera. En la gran pieza había algunos trajinantes apelotonados en torno á la lumbre. Todo el mundo se puso en movimiento al enterarse de lo que traían los de la benemérita. Bajóse del caballo á la rapaza, que pesaba como un plomo, se la arrimó al fuego y se la comenzaron á dar fricciones con la misma nieve, sin que la muchacha recobrará el sentido.

El guardia del cigarro, mordiéndose los mostachos, le pegaba unos restregones formidables. De pronto se les ocurrió una idea, y su caraza basta se llenó de luz.

—¡Venga aguardiente!—gritó.

Fué de un efecto inmediato. En cuanto el líquido de fuego pasó por el esófago de la rapaza, lanzó un suspiro.

—¡Vive!—exclamó el guardia con intensa alegría, mordiéndose con más furia los bigotes para que no le vendieran los párpados.—¡Pues no pasé peor rato en los Castillejos! ¡Vaya! ¡Ya no me parece tan malo el día! La nieve se ha «chinchao». Y ahora.... ¡ahora sí que me fumo yo para celebrarlo el gran pitillo!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

UNOS CUANTOS PEPES NOTABLES



MORENO CARBONERO

En pintura alcanzó Pepe una ciencia consumada. La estudió.... en la biblioteca del *Príncipe de Viana*.



HERRERO

Es poeta de primera el chico de las de Herrero, y además tiene una voz que sale de.... *Mar adentro*.



PEREDA

¡Que alce el dedo quien pueda soltarle cuatro versos á Pereda! Yo sólo así me libro del atranco: —Muy felices, Cervantes de Polanco.



ECHEGARAY

Es el autor del *Critico incipiente*, igual que el de *El sabor de la tierra*, dramaturgo sin par, sabio eminente, *Calderón sin peluca*. ...



JACKSON VEYÁN

Es un hombre fecundo como pocos, que debe tener odio encarnizado á los críticos *chicos* y al.... *besugo* de Malthus.



EL DUQUE DE MEDINA SIDONIA

Como anda por las alturas, muchos que á su casa acuden van á cumplir el proverbio, *por turrón v á ver al Duque*.



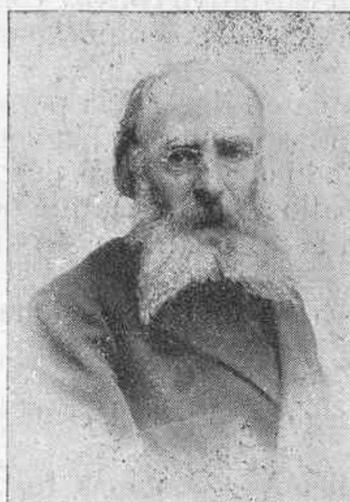
GARCÍA BARZANALLANA

El señor don José Barzanallana es persona discreta, afable y llana; y aunque de esta opinión no hay quien discrepe, nadie ha osado jamás llamarle *Pepe*.



GUTIÉRREZ ABASCAL

Tiene un ojo de lince (vosotros, revisteros, lo sabéis) para *ver cosas* de época Luis XV é *historias de boudoir* Luis XVI.



ESQUERDO

Andando siempre entre locos y dirigiendo un partido, todavía *Esquerdo es cuerdo*.... ¡Patente milagro ha sido!



JIMÉNEZ ARANDA

Del arte á la aristocracia pertenece con justicia, porque pinta *Una desgracia* y resulta ¡una delicia!



MESEJO

(Coro de *abonados* de Apolo.) ¡Ay, señor José, no se marche usted!



PIERNAS HURTADO

Las *piernas* de don José (los que lo entienden lo dicen) son, en asuntos de Hacienda, las que caminan más firmes.



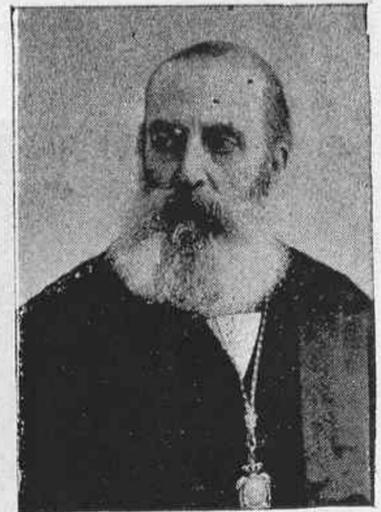
CUBAS

Los que leyeron *Apuntes* saben que es muy buen poeta, y ahora ustedes pueden ver que tiene una gran cabeza.



RUBIO

Que no es un artista lego lo dice.... su *caserón* de la calle de Don Diego de León.



LETAMENDI

Es patólogo, helenista, compone música sacra, y le ocurren más ideas que pelos tiene en la barba



LÓPEZ SILVA

Este es otro Pepe López; y aunque el Domínguez le falta, ya se ha ganado los tres entorchados de la gracia.



FRANCOS RODRÍGUEZ

Escribe dramas y piececitas, dirige *El Globo*, compone libros y *echa discursos*, y además de esto, Francos Rodríguez es *muy buen chico*



CANALEJAS Y MÉNDEZ

Como sabe más que Lepe, bien claro la gente ve que es Canalejas (*don Pepe*) todo un señor don José.



DUQUE DE TAMAMES

Gobernador de primera, coronel de voluntarios; dos títulos son que el Duque de Tamames no ha heredado.



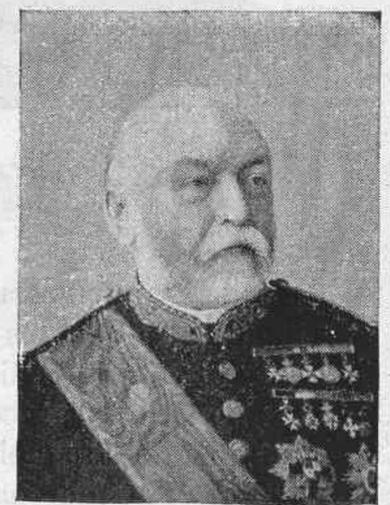
VILLEGAS

Con el sol en los pinceles y el iris en la paleta, triunfó en el *Espada muerto* y triunfó en *La Dogaresa*.



FERNÁNDEZ BREMÓN

Con gran ingenio da en sus revistas la vuelta al mundo cada ocho días.



LÓPEZ DOMÍNGUEZ

Príncipe de la milicia, y orador, y liberal, y ornitólogo eminente. ¡Canario! ¿Quiere usted más?

UN REDACTOR MODESTO.

LAS GOLONDRINAS



I.

Cuando mueren las flores y el sol se nubla;
cuando al pie de los árboles ruedan sus hojas,
marchitas ya;
cuando todo está seco y el cielo es triste.....
en busca de otro cielo las golondrinas
marchando van.

Cuando nacen las flores y el sol más brilla;
cuando el árbol cubierto de verdes hojas
se vuelve a ver;

cuando es bella la vida y alegre el cielo.....
en busca de su nido las golondrinas
vuelven también.

II.

La golondrina anuncia la primavera;
si un punto de su nido, cruel invierno
la arrebató,
vuelve luego amorosa, cruzando mares,
en busca de aquel nido de sus mayores
donde nació.

Siempre vuelve á su nido, todos los años;
allí nació su madre, también sus hijos
nacen allí;
y si el hambre ó el tiempo su vida hieren,
¡también al mismo nido la golondrina
viene á morir!

III

¡Ay de aquél que, arrastrado por los placeres,
á la feliz morada de las virtudes
no vuelve más!
¡Dichoso el que, olvidado de las pasiones,
para morir en calma y arrepentido
vuelve á su hogar!

RICARDO SEPÚLVEDA.

CÓMO PASARON EL DÍA DE SU SANTO

(POR RICARDO MARÍN)



EL EXCMO. SEÑOR DON JOSÉ (DE LA ALTA BANCA) Y EL JOSEITO (NOVILLERO DE INVIERNO)

